

LA CRUZ NEGRA

Cuando mi mejor amiga, Lucía, me propuso ir a tocar la Cruz Negra cuando dieran las doce campanadas en el Santuario de las Angustias, la noche de todos los difuntos, se me heló la sangre. Faltaban tres días y no lograba salir del shock que me había causado escuchar su propuesta. Siempre hacíamos todo juntas, nunca le había fallado y contábamos la una con la otra en todo momento. Si eres como yo, de Cuenca, sabrás de lo que hablo y si no, presta atención, porque esta historia que leerás a continuación, si te la cuentan pensarás que es mentira. Supongo que lo más normal es haberte criado con cuentos como “Los tres cerditos”, “Ricitos de Oro” o “Blancanieves y los siete enanitos”. Pues aquí, además, hay una historia que sobresale por encima de cualquier otra. Si alguna vez os habéis preguntado por qué en mi tierra los padres no ponen a sus hijos los nombres de Diego y Diana, es porque no conocéis aún la leyenda de La Cruz Negra. Por esta historia es por lo que no sabía qué decirle a Lucía.

De niños, cuando nuestras abuelas o nuestras madres querían que nos portásemos bien, nos contaban este “cuento”, que hace que todos crezcamos con miedo, por la cruz que se encuentra al final de la cuesta de las Angustias. Mi abuela Dolores siempre me decía: “Milagros, no te olvides que la cruz es negra porque el diablo vino a la tierra, se disfrazó de mujer, engañó a Diego y lo hizo desaparecer. Si no te portas bien, te hago tocar la cruz y te vas al infierno”.

Este “cuento” se basa en una leyenda del siglo XVIII, que mi abuela siempre contaba en el salón grande a los viajeros que se hospedaban en el Parador de Cuenca. Mi abuela Dolores es una persona muy conocida por esta zona, porque toda su vida trabajó en la gerencia de este hotel. La verdad es que escucharla narrar la historia era uno de mis momentos favoritos de la semana: alrededor de la chimenea del siglo XVI, en el viejo salón de ese antiguo convento, los viajeros se reunían a media noche y mi abuela nos transportaba a otra época, narraba con una voz pausada, profunda y grave, la historia de

Diego y Diana o, mejor dicho de Diego y el diablo. De cómo este joven conquistaba y engañaba a todas las chicas del pueblo hasta la llegada de una muy guapa y especial llamada Diana. Ella no se dejaba conquistar por este galán hasta que un día lo citó en la Puerta de las Angustias, la noche de los difuntos. En el encuentro se descubrió que Diana, en realidad, era el diablo disfrazado. En la huida de Diego, el diablo tocó la cruz y se volvió negra. En su desesperación, el joven entró en el santuario y jamás volvió a salir.

Por eso, cuando Lucía me propuso ir a tocar la Cruz Negra en el Santuario de las Angustias, la noche de todos los difuntos, se me heló la sangre. No sabía qué responder, estaba muy nerviosa, me sudaban las manos. Estuve días pensando en mi respuesta, si decía que no, la decepcionaría, pero me atormentaba la idea de tener que tocar la cruz del diablo. Cuando llegó el día en el que tuve que decirle mi respuesta a Lucía, con la voz temblorosa, pronuncié un: “vale”.

Lucía se emocionó como siempre, había estado deseando tocar la cruz desde que éramos niñas. De hecho, su disfraz favorito para Halloween era el de Diana, y creo recordar que lo repitió más de una vez. Por eso, cuando le dije mi respuesta, se le dibujó una gran sonrisa en el rostro. “Menos mal” dijo ella, “pensé que ibas a decir que no”.

Estuve toda la semana esperando que no llegase ese día, deseaba desde lo más profundo de mi, que el tiempo se detuviese, “¿por qué tuve que decir que sí?”, me repetía constantemente. Sabía que no estaba preparada.

Lucía tenía planificada esa noche a la perfección. Nos quedaríamos a dormir en el Parador de mi abuela, ya que estaba más cerca del Santuario; unos veinte minutos antes de medianoche, empezaríamos a prepararnos, a armar la mochila con todo lo necesario; y de ahí saldríamos directas a tocar la cruz.

El tiempo pasó más rápido de lo que me hubiese gustado, por la tarde Lucía llegó al parador entusiasmada. Estuvimos hablando de lo emocionadas que estábamos, aunque yo no lo estaba tanto. Cuando eran las once y media, nos fuimos al gran salón, al lado de la chimenea, donde mi abuela solía contar sus historias, y nos pusimos a preparar las

mochilas con lo que necesitábamos. Metimos una linterna, una cámara de fotos, también le cogimos a mi abuela una cruz de plata, una botella con agua bendita y un rosario.

Cuando mi abuela nos trajo las galletas recién horneadas, le pregunté quién era ese señor que siempre nos miraba desde arriba. Siempre me había llamado la atención un cuadro muy grande, que ocupaba gran parte de la pared, justo encima de la chimenea. En él, había un hombre, con rostro enigmático, sus ojos eran misteriosos, tenía una pose que mostraba que tenía poder, vestía con ropa negra. Mi abuela me contó que el hombre del cuadro era uno de los condes de Priego, quien prohibió durante años que la gente del pueblo se acercara a la cruz para evitar más tragedias. Se rumoreaba en la época que el conde había estado prometido en tres ocasiones pero nunca había llegado a casarse y que murió en soledad protegiendo a los peregrinos, que buscaban a Dios en el Santuario de las Angustias. Las primeras historias de la Cruz Negra fueron escritas por el conde. Lucía y yo nos quedamos mirando hipnotizadas el cuadro hasta que un trueno nos sobresaltó. La tormenta azotaba la noche y nuestro paseo se estaba transformando en mi peor pesadilla. Un fuerte viento teñía todo de un clima tenebroso y los relámpagos creaban una atmósfera fantasmagórica. Si antes esto me parecía una mala idea, ahora estaba convencida que era mucho peor de lo que podía imaginar. Pero Lucía se calzó sus botas de lluvia, su abrigo, capucha y linterna en mano salió por el portal rumbo al sendero tan decidida que me dio un poco de envidia no tener ese valor y coraje. Yo, a toda prisa, cogí la mochila y salí tras ella. Cuando la alcancé nos cogimos de la mano y pusimos rumbo a nuestra aventura. Teníamos media hora de caminata por el campo, por un camino de tierra rodeado de árboles grandes y viejos que hacían toda clase de ruidos al rozar sus ramas con el fuerte viento. Las dos habíamos recorrido mil veces ese camino, no tenía pérdida para nosotras, Pero esta vez era distinto ya que no íbamos acompañando a la abuela cuando llevaba un grupo de turistas o a juntar flores silvestres para nuestros juegos, hoy Lucía se había propuesto demostrar que la Cruz Negra no tenía ningún misterio y me había elegido a mí de “escudera”, formando las dos un dúo bastante peculiar: una con una sonrisa de oreja

a oreja dibujada en la cara y la otra con la cara blanca como el papel y mirando de lado a lado cada vez que escuchaba un ruido.

Y así caminamos las dos sin que nada ni nadie se interpusiera en el camino. Esto me tranquilizó, ya que parecía que la noche iba a tener menos misterio y aventura de los que mi imaginación había proyectado. Mi corazón lentamente ya había vuelto a su ritmo normal hasta que un relámpago cayó e iluminó la Cruz Negra casi como advirtiéndonos que no nos acercáramos más. Lancé un grito desde lo más profundo de mi cuerpo y Lucía empezó a reírse al ver como hundía mi cara entre mis brazos. “Venga Mili, no seas boba, que solo ha sido un relámpago. Venga, apura el paso, que ya casi estamos” me dijo Lucía con su voz calmada. Después de los peores 15 minutos de mi vida andando, llegamos al Santuario de las Angustias. Tras haber estado semanas deseando que no llegase este día, ahora estaba frente al santuario. Esta vez lo veía distinto, ya no lo veía como un simple santuario, ahora parecía mi peor pesadilla. Un escalofrío me recorrió por todo el cuerpo al ver ahí, entre rejas, a la tenebrosa y oscura cruz. Lucía estaba entusiasmada, al contrario que yo, que estaba muerta de miedo. Lo que pasaba es que no habíamos pensado que la cruz estaría rodeada de pesadas rejas de hierro. Las rejas terminaban en forma de punta, lo que hacía imposible que pudiéramos pasarlas sin lastimarnos. A Lucía se le vino el mundo abajo, se sentó en el suelo con la cabeza entre sus piernas dándose por vencida. Verla así me hizo empezar a cuestionar cómo abrir la reja. Empecé a rodear la cruz, buscando alguna manera de abrirla. Me arrodillé en el sucio y frío suelo, y me puse a buscar alguna piedra para golpear la reja, o algún palo con el que hacer palanca. Toqué la reja con mis temblorosas manos, pero nada funcionaba. De la impotencia pateé la reja y como por arte de magia la puerta se abrió. No nos lo podíamos creer, a Lucía se le volvieron a llenar los ojos de alegría y se acercó a darme un caluroso abrazo. “No sé qué haría sin ti, Mili”, me dijo. A pesar de haber abierto la reja, no nos animábamos a entrar todavía.

Lucía fue la primera en meter un pie dentro de la reja y me dijo: “saca el móvil y hazme una foto tocando la cruz”. Después de decirme eso, decidida tocó el centro de la cruz.

De repente, esa gran cruz negra de piedra, empezó a descender mostrando una escalera subterránea. Las dos nos miramos en estado de shock, pero supimos al instante que bajaríamos por esa escalera. Lo que pasó a continuación es lo más emocionante que me ha pasado en la vida, porque nunca piensas que a una chica normal como yo le pueden pasar cosas lo que os voy a contar a continuación.

Encendimos las linternas y empezamos a descender. Las escaleras eran angostas, las paredes estaban húmedas y frías, tuvimos que descender una detrás de la otra. No recuerdo cuantos escalones bajamos, pero aquello parecía no terminar nunca. La escalera terminaba en una sala muy pequeña. Cuando nuestras linternas iluminaron el rincón del fondo, se nos heló la sangre y el grito de terror de Lucía me hizo reaccionar. En ese momento descubrí que soy más valiente de lo que pensaba, cuando vi aquellos dos esqueletos abrazados en el rincón, cogí de la mano a Lucía, la miré y le dije: “tenemos que subir ya y llamar a la policía”. Y eso fue lo que hicimos, además de llamar a mi abuela.

A partir del descubrimiento de los dos cadáveres, aquel cuento que me contaban de niña tuvo que cambiar. La policía científica descubrió que los cadáveres habían sido asesinados por un puñal cuya punta tenía grabado un trébol de cuatro hojas, que había quedado impreso en el hueso de las costillas de ambos cadáveres. Y aunque todo el mundo pensó que jamás se sabría nada más de estas misteriosas muertes, mi abuela al escuchar que el arma homicida fue un puñal con un trébol grabado, supo inmediatamente a quien le pertenecía. Y así fue como todo el departamento de criminalística de Cuenca terminó en el salón grande del Parador mirando aquel cuadro que siempre me había llamado la atención, observando la evidencia del crimen, el óleo mostraba reluciente la figura del conde con el puñal que mostraba claramente el trébol grabado.

De esta manera se descubrió quiénes eran los amantes ocultados bajo la Cruz Negra y qué les había pasado. He decidido escribir este cuento para dar a conocer la verdadera historia de La Cruz Negra: Diego y Diana fueron en realidad dos jóvenes que se enamoraron perdidamente, pero el Conde de Priego también tenía una obsesión con la hermosura de Diana. Al enterarse que estos dos se iban a escapar juntos, los esperó en la cuesta de las Angustias y los apuñaló. Luego sepultó los cadáveres en la cripta que había debajo de la cruz y pintó la cruz de negro. Con el tiempo todos creyeron la historia del diablo que él mismo se inventó.

No hay momento de la semana que disfrute más que ir a escuchar a mi abuela cuando empieza a contarles a los turistas la “verdadera” historia de la Cruz Negra o como a ella le gusta decir, “la trágica muerte de los amantes de Cuenca”.